

El enemigo vive al lado

Y después de lo que vimos en el capítulo 28 del primer libro de Samuel, la atención se vuelve hacia el rey David. El texto nos dice, según leemos en la versión Reina Valera Contemporánea, que “Los filisteos reunieron a todas sus tropas en Afec. Los israelitas, por su parte, acamparon junto al manantial que está en Jezrel. Y cuando los jefes de los filisteos pasaron revista a sus compañías de cien y de mil soldados, vieron que David y sus hombres estaban en la retaguardia con Aquis. Entonces los jefes filisteos dijeron: «Y estos hebreos, ¿qué hacen aquí?» Y Aquis respondió: «Éste es David, el siervo del rey Saúl. Me ha servido fielmente desde hace más de un año, y en todo este tiempo no he visto en él nada reprobable.»

Recuerda que el texto ahora gira en un sentido cronológico y regresa a la ocasión en la que David está refugiado en la tierra de los filisteos junto al rey Aquis. Recuerda que él trabaja allí entre los filisteos como una especie de soldado extranjero, en realidad un mercenario. Encontramos en el texto lo siguiente: “Pero los jefes de los filisteos se enojaron, y le dijeron: «Despídelo. Que se regrese al lugar que le señalaste. No queremos que nos acompañe a la batalla, porque podría volverse contra nosotros. Para congraciarse con su señor, ¿qué mejor manera que ofrecerle nuestras cabezas? Precisamente de él decían las mujeres en sus cantos y en sus danzas: »Saúl mató a miles de guerreros, pero David mató a más de diez mil.«?”

Los filisteos empiezan a desconfiar de David, y David corre peligro en medio de aquellos extranjeros. Fíjate que la verdad es muy clara: el enemigo vive al lado. “Entonces Aquis mandó llamar a David y le dijo: «Te juro por el Señor que reconozco tu rectitud. Tú has entrado y salido del campamento con toda libertad, y no tengo motivo de queja desde que estás a mi servicio. ¡Pero no les agradas a los jefes! Creo que es mejor que tranquilamente te regreses a tu casa, para que no se disgusten los jefes filisteos.»”

David entonces pregunta algo como esto: ‘escucha, pero ¿qué he hecho yo? ¿Cuál es el problema? No he hecho nada malo. ¿Por qué no puedo luchar contra los enemigos del rey, mi señor? ¿Cómo es que ahora soy despedido así?’ Aquis entonces dice que está de acuerdo, que él aprueba a David, y hasta le llama ángel de Dios, pero los comandantes filisteos naturalmente no podrían imaginar que David fuese a una batalla contra Israel a luchar por los filisteos. Así que la orden es que pronto, temprano, por la mañana, desaparezca en el horizonte. Los filisteos no quieren saber de David, con lo que David se marcha.

Uno podría pensar que en el capítulo 30 la cosa está mejor, más tranquila, que la previsión del nuevo contexto que se acerca será mejor. David llega a la ciudad de Siclag y fíjate: los amalecitas habían atacado la región sur, el Neguev, y habían incendiado la ciudad de Siclag, llevando prisioneros a todo el mundo: a las mujeres, jóvenes y ancianos. No mataron a nadie, sino que llevaron mucha gente consigo cuando siguieron por el camino.

Así que cuando David y sus soldados llegaron a la ciudad y vieron aquello, leemos en el texto bíblico, que “se pusieron tan tristes que lloraron a voz en cuello, hasta que se cansaron.” Eso lo encontramos en el versículo 4. Luego dice que ...“Entre las cautivas estaban las dos mujeres de David, es decir, Ajinoán la jezeelita y Abigaíl, la viuda de Nabal. 6 David se angustió porque todo el pueblo quería apedrearlo, pues les dolía haber perdido a sus hijas y a sus hijos, pero halló fuerzas en el Señor su Dios.”

Nota cuán interesante es esto, pues el texto del primer libro de Samuel nos muestra cómo Saúl entra en un proceso de decadencia y va perdiendo espacio, y cómo David, en los momentos más difíciles, de angustia, e incluso de conflicto con sus propios hermanos israelitas, y ahora en una situación así, él busca la fuerza de Dios. Él consulta al Señor. Él va al sacerdote Abiatar y pide el efod, que es como un chaleco, un peto sacerdotal, y el Señor es consultado y dice que él debe perseguir a los invasores.

Entonces, “David partió entonces con sus seiscientos hombres, y llegaron hasta el torrente de Besor, donde se quedaron unos cuantos. Los que siguieron adelante con David fueron cuatrocientos hombres, pues doscientos de ellos estaban tan cansados que no pudieron cruzar el torrente.”

Y allá en el camino encontraron a un egipcio. Ese egipcio era siervo de un amalecita. Nota lo interesante la forma cómo se presentaba la dirección que venía de Dios: ese egipcio que había sido abandonado en el camino actuó como todo un espía, un agente 007 de las arenas del Sahara que surge aquí, y seguramente será muy útil para David. Y David entonces habla con el egipcio, quien le explica todo y sabe adónde fueron los amalecitas. “David le preguntó: «¿Me puedes llevar hasta esa tropa?»”

Él suplicó por su vida, pidiendo que no fuera ejecutado, y entonces él los llevaría ya que había sido abandonado por los propios amalecitas. El egipcio dijo literalmente... “«Lo haré, si me juras que no me matarás ni me entregarás a mi amo. Sólo así te llevaré hasta esa gente.»” Y como David se lo juró, el egipcio lo llevó adonde estaban ellos. Ante eso, David consigue descubrir dónde estaban los amalecitas, que estaban celebrando, comiendo, bebiendo, ya que habían llevado muchas cosas tanto de los filisteos como de Judá.

Recuerda que Siclag está muy cerca de la región de los filisteos, y ellos habían invadido tanto la tierra que pertenecía a Israel como también a los filisteos. Así que “David los atacó” y nadie escapó; apenas cuatrocientos jóvenes que huyeron en camellos. Así David consiguió recuperarlo todo, ya que había sido orientado por Dios, incluyendo sus dos mujeres. ¡Nada faltó!

Todo salió bien y fíjate lo interesante: parece que las cosas mejorarán, pero la verdad es que la lucha sigue. El enemigo filisteo estaba ahora apartado; el enemigo amalecita fue vencido; pero nota cómo los problemas internos persisten. El texto nos dice que en el momento de dividir lo que fue conquistado las cosas se complicaron. David fue a hablar con los doscientos que se habían quedado. Los doscientos

hombres que por cansancio no habían podido acompañarlo salieron a recibirlo, y al verlos ... había algunos que eran egoístas y malvados.

Recuerda que David siempre tenía con él algunos individuos que lo acompañaron que seguramente no los recibirías en casa. Y esa gente dijo: “«A éstos no les corresponde nada del botín que capturamos. Que tomen a sus mujeres y a sus hijos, y que se vayan.»”

Es decir, ellos querían dejar a los que estaban cansados fuera de esa nueva situación de conquista del despojo de los amalecitas conquistados. Dice el texto “«No se porten así, hermanos míos. El Señor nos ha protegido y nos ha permitido recuperar lo que esa banda de malvados que nos atacó nos había arrebatado. ¿Quién va a darles la razón en este caso?»”

Y entonces leemos que ... “El mismo derecho tiene el que entra en combate como el que se queda al cuidado del bagaje. Todos merecen recibir lo mismo.» Y desde aquel día y hasta la fecha, esto quedó establecido como una ley y ordenanza en Israel..” Por lo tanto, descubriremos aquí la gran verdad expresada en estos dos capítulos, que el enemigo enfrenta al pueblo de Dios. David se encuentra en una situación difícil, primero entre los filisteos, donde pudo ser visto como un traidor; después con los invasores amalecitas en circunstancia muy adversa; ...pero Dios, por su gracia, por su dirección, todavía le da más experiencias, todavía le permite crecer en su entrenamiento como gran rey de Israel, y con gran bendición le concede también la victoria. La victoria es dada por Dios aun cuando el enemigo vive al lado.